





# HISTORIA

DEL

# GENERAL PRIM,

POR

DON FRANCISCO J. ORELLANA.



BARCELONA.

EMPRESA EDITORIAL LA ILUSTRACION.

CALLE DE MENDIZÁBAL, NÚMERO 4.

1871.

---

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES.

---

**BARCELONA:**

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE JAIME JEPÚS,

CALLE DEL CÁRMEN, 77, BAJOS.

1871.

# INTRODUCCION.

---

«Las instituciones politicas pasan; las repúblicas y las dinastías pasan; las revoluciones pasan; las leyes, las costumbres, las sociedades se transforman. Solo una cosa permanece inalterable á través de los siglos y de las agitaciones humanas: el sentido moral, la ley moral, la eterna justicia.»

\*\*\*

## I.

El grito general de indignacion que, en todas partes, dentro y fuera de España, ha resonado, al tenerse noticia de la perpetracion de un horrendo crimen, es lo que me mueve á tomar la pluma para trazar una figura histórica en el cuadro de nuestras revueltas y agitaciones intestinas.

Ese grito denuncia una gran inmoralidad, y un gran peligro; ese grito es la voz de la conciencia pública que nos advierte y nos acusa; ese grito nos dice que hay dos progresos igualmente fatales: uno que conduce á la civilizacion, y otro á la barbarie; premio y castigo, que la Justicia eterna deja á la libre eleccion de los hombres y de los pueblos.

El asesinato de D. JUAN PRIM; ese crimen cometido á sangre fria, con premeditacion y cálculo; no por un individuo á quien arrastra la demencia, el furor ó el fanatismo, sino por una banda de asesinos y en medio de una ciudad populosa; ese

acto de ferocidad glacial, que ha sublevado en ambos hemisferios la conciencia de todos los hombres honrados, no puede considerarse como un mero accidente de los que cada dia nos presenta funestos ejemplos la raza maldecida de Cain. No; ese crimen revela un mal profundo; y sea cual fuere la mano que ha dado impulso al arma homicida, es un hecho que mancilla nuestra fama; una sombra que vela y oscurece los blasones de la Patria.

Cuando en el seno de una sociedad política se producen hechos de esa naturaleza; cuando no es el primero, aunque ninguno se haya cometido quizás con caracteres tan repugnantes; cuando esto sucede, no basta que los tribunales busquen al criminal y le castiguen; no basta que la justicia humana caiga sobre aquel que atropella los santos fueros de la naturaleza y de la ley: es necesario que la sociedad vuelva los ojos hácia sí misma, que mire á su pasado, que medite sobre su presente, y tiemble ó se avergüence por su porvenir.

El progreso de la humanidad es un hecho providencial é innegable; pero yo abro la Historia, y veo que ese progreso no se realiza sino en medio de la armonía; que el antagonismo de los principios sociales, como el antagonismo de las fuerzas físicas, es una ley necesaria, sí, pero destinada á producir un movimiento armónico, y no choques violentos; que la preponderancia exclusiva de un principio liende á dar fuerzas á su contrario; más tarde, á la negacion de ambos, y por último, al aniquilamiento de la vida de las sociedades.

Abro la Historia, y veo que el progreso marcha; pero tambien veo pueblos y naciones que desaparecen, cual puñados de polvo arrebatados por el soplo del huracan. Pregunto por los famosos imperios de Asiria, de Nínive y de Babilonia, y los ecos del desierto me responden: "Un dia se recostaron con todos sus tesoros y riquezas sobre una pira, y llevando á sus labios la copa de los placeres, brindaron  
A LA NADA.,

Pregunto por Tiro y Sidon, emporios de la industria y del comercio; por Atenas, cuna de las ciencias y de las artes; por Roma, la dominadora del mundo, el génio de la guerra; por Bizancio, por Venecia..... "Todas estas ciudades poderosas se recostaron sucesivamente un dia sobre la hoguera de Sardanápalo.,

Vengo á los tiempos modernos, y veo repúblicas de nuestra raza, devoradas por la discordia y la anarquía, y esperando tal vez que un tirano extranjero vaya á ponerlas en paz consigo mismas; y veo no lejos de nosotros una gran nacion, no hace mucho lumbrera de las ciencias, rica en artes é industria, envidiada de todos,

temida por la fuerza de sus armas, caer de pronto á los pies de los caballos de un enemigo afortunado, que acertó á sorprenderla en la hinchazon de su soberbia, en la debilidad de sus disensiones políticas, en el perezoso despertar de sus orgías...

Registro los anales de nuestra patria, y la veo siempre grande como nacion guerrera; siempre celosa de su independenciam *cual ninguna*; heróica en Zaragoza y en Gerona, como en Sagunto y Covadonga; pero siempre supeditada *por industria* al poder de naciones extranjeras, y siempre debilitada por los vicios de su organizacion interior.—En el transcurso de tres siglos, admiro la vitalidad de este pueblo: desde Carlos I á Carlos II; desde Felipe V á Fernando VII, un solo rey digno de ocupar el trono presidió á sus destinos. Perdidas sus antiguas libertades; llevado en alas del espíritu aventurero á conquistar un mundo; impelido por el quijotismo cesáreo á subyugar la Europa con pretexto de Religion, en todas partes se coronó de gloria, y en todas partes fué dejando á pedazos su existencia, mientras en el interior conspiraban á debilitarle el fanatismo y la ignorancia, el despotismo y la miseria, la inmoralidad y la torpeza de sus gobernantes.

Al terminar el siglo xvii, la España de los Reyes Católicos era poco menos que un cadáver en vias de descomposicion. La honradez y el patriotismo de Carlos III, con el apoyo de unos cuantos hombres ilustrados, bastaron para demostrar que aquel aparente cadáver tenia vida vigorosa; pero pronto cayó bajo el dominio de un rey inepto y de una corte corrompida, y ¿qué era España en 1808?

Era una nacion semibárbara, pobre y devota por costumbre; sin gobierno ni administracion, sin ejército ni marina, sin industria ni comercio, sin carreteras ni recursos, escasa en poblacion y falta hasta de pan para alimentarla; pero conservaba indomable el fiero espíritu de independenciam; conservaba el sentimiento de la honradez y el pundonor; estaba unida, y el pasajero y feliz reinado de Carlos III, y las nuevas ideas que ya bullian en las cabezas ilustradas, habian despertado el recuerdo de las antiguas instituciones, destruidas en Villalar y en Zaragoza, tres siglos antes, por la mano del verdugo.

Eso bastó para que el pueblo español, abandonado á sí mismo por la traicion extranjera y por la debilidad de sus reyes, asombrase al mundo haciendo frente y derrotando los ejércitos, hasta entonces invencibles, de Napoleon.

Midamos la distancia que en sesenta años ha recorrido la nacion española: sus progresos, en todos sentidos, han sido grandes; pero ¿á cuánta costa alcanzados!...

“Se necesitan medios inmensos para someter á España : este país , este pueblo *no se parece á ningun otro : no se encuentra UN ESPÍA ni un correo...*”

Esto escribía el rey intruso, José Bonaparte, á su hermano, cuando tomaba posesion de un país inerme, con el apoyo de doscientas mil bayonetas.

Treinta años despues, cuando España, desangrada por una espantosa guerra civil, anhelaba restañar sus heridas por medio de la conciliacion y de la paz , entre los papeles secuestrados á un benemérito español, á Montes de Oca, una de las víctimas de nuestras discordias, se le encontró una carta en que decia :

“Aun podemos encender la guerra, si se nos facilitan armas y dinero con largueza. Con recursos se arma todo el país: con ellos *hay buenos confidentes y diez mil medios de seduccion...*”

Pasan treinta años más, y este pueblo, *no parecido á ningun otro*, tiene sus semejantes en el Bajo imperio, en el reino moro de Granada y en las repúblicas hispano-americanas. La division de los partidos, profunda y enconada, llega hasta pervertir el sentido moral: en nuestras luchas políticas, los adversarios se tratan como enemigos, y emplean como buenas las armas de la seduccion, de la difamacion y la calumnia. En los comicios, en las manifestaciones populares, en los templos se sacrifican víctimas humanas á la diosa de la Discordia; y para cerrar el cuadro, una banda de desalmados acomete la hazaña de arcabucear dentro de un coche al hombre más valiente, al que mil veces habia expuesto su vida en los campos de batalla, peleando como un leon por la honra y la libertad de su patria.....

Yo no arrojó el feo borron de esa muerte alevosa sobre la frente de ningun partido: yo solo denunció los síntomas fatales de un cáncer que devora las entrañas de nuestra sociedad. La sangre que se vierte injustamente cae gota á gota sobre la cabeza de los pueblos, y llega un dia en que los abrasa, como el fuego del cielo que devoró las ciudades de la Pentápolis.

Ante mis ojos se levanta un espectro ensangrentado, y me parece ver vagar en sus labios una amarga sonrisa de conmisericordia por los destinos de la pobre España.

En mis oídos resuenan las protestas, el grito de condenacion que todos los partidos políticos y todos los hombres de corazón han lanzado contra el crimen que nos desdora, y esto me alienta: esto dice que aun podemos tener confianza en el porvenir; que aun somos dignos de nuestros padres. No ha muerto, no, el sentimiento de la justicia, de la dignidad, de la honra: todavía puede la nacion espa-

ñola mostrar al mundo el mayor ejemplo de su virilidad y de su fuerza; el de reconocer sus faltas y vencerse á sí misma.

He aquí lo que me mueve á trazar este cuadro. No pretendo levantar un pedestal de gloria á la gran figura del GENERAL PRIM. Mis facultades no alcanzan á tanto, y la gloria de los hombres solo puede ser el foco de luz que irradia de sus propios hechos.

No me propongo tampoco escribir una simple biografía, una relacion semejante á una hoja de servicios. Para esto no necesitaria tomar la pluma y robar las horas al descanso; que otras plumas lo han hecho y lo harán sin duda con mejor acierto.

Mucho menos aspiro á satisfacer ni halagar las afecciones apasionadas de ningun partido político. Desde el punto en que deseo colocarme, para mí todos son españoles: aprecio sus virtudes, y deploro sus extravíos. Si alguno hubiere que lleve sus rencores más allá del sepulcro, le compadezco.

Fija la vista en los males que aflijen á mi Patria, y anhelando su prosperidad y ventura, intento condensar en torno de la vida de un hombre célebre los acontecimientos más notables de nuestra Historia contemporánea; los que han contribuido á formar esa vida, los que son efectos de su propia actividad, y los que más pueden arrojar sobre las causas determinantes de nuestra situacion presente. Así este trabajo no tendrá por objeto satisfacer una curiosidad frívola, sino elevar los ánimos á una esfera superior á las mezquinas preocupaciones del momento, y procurar que sirvan de provechosa enseñanza las lecciones de lo pasado.

Los que llamamos grandes hombres son el producto de la atmósfera moral en que se desarrollan sus facultades, su inteligencia y su carácter; al paso que esa atmósfera se forma del conjunto de las doctrinas y de los actos que proceden del libre uso de la razon. Ambas cosas van juntas, sucediéndose y sobreponiéndose; de ambas depende la marcha próspera ó adversa de las sociedades, que no es obra del acaso, es obra de los hombres; y no se puede separarlas sin romper el hilo de la Historia.

Es indudable que, á no haber acaecido en España el movimiento insurreccional de 1808 contra la dominacion francesa, seguido de la convocatoria de Córtes generales, que fué su consecuencia necesaria, ni la violenta reaccion de 1814, origen de todas las calamidades que componen el funesto reinado de Fernando VII, y de las que posteriormente hemos sufrido, el nombre de D. JUAN PRIM figuraria, si acaso, en la lista de los buenos oficiales de nuestro ejército, y tal vez, abrazando otra carrera, no habria pasado su celebridad del rincon de una provincia; pero seguramente no

conoceríamos al hombre que, elevándose sobre el pavés de sus hazañas, desde la modesta posición de voluntario distinguido de *Cuerpos francos*, llegó á ocupar el último escalon de la milicia, y á ser el árbitro de los destinos de la Nación.

Empecemos, pues, por echar una ojeada á los acontecimientos de que fué teatro España, desde el año en que nació nuestro héroe, hasta aquel en que sus inclinaciones le llamaron á la vida azarosa de la guerra.

## II.

El capitán general de Ejército, Vizconde del Bruch, Conde de Reus, Marqués de los Castillejos, Grande de España de primera clase, Ministro de la Guerra y presidente del Consejo de Ministros, DON JUAN PRIM, hijo del coronel graduado de infantería D. Pablo, y de la señora Doña Teresa Prats, nació en la ciudad de Reus, el día 6 de Diciembre de 1814.

A la edad de diez y nueve años, en 21 de Febrero de 1834, el jóven Don Juan ingresaba como soldado distinguido en el batallón franco de *Tiradores de Isabel II*, bajo las órdenes del comandante D. Ramon Montero y Vigodet, y obtenia la plaza de cadete el 16 de Abril de aquel año; el mismo día que el general Rodil entraba con su ejército en Portugal para apoyar á Doña María de la Gloria contra las pretensiones del infante Don Miguel, y el mismo en que se promulgaba en España el *Estatuto real*.

Entre estas fechas media un abismo, abierto por la ingratitude, la mala fé y los crueles instintos de un monarca, que, pudiendo haber sido rey de los españoles, y conciliar los incuestionables derechos de la Nación con los respetos debidos á su autoridad, prefirió ser aclamado soberano absoluto de un partido<sup>1</sup>, gobernar caprichosa y despóticamente, ahondar cada día más la division entre sus súbditos, morir aborrecido de todos, y legar á su descendencia un trono carcomido y vacilante.

No es posible desconocer que los españoles, casi en su totalidad, eran monárquicos y adictos á la persona de Fernando, en quien veian simbolizadas la independencia

<sup>1</sup> «Fernando VII, que en aquella época valia para los españoles todo lo que les habia costado, se puso, no obligado, sino gustoso, al frente del partido intolerante por esencia, y por lo mismo intratable.» — QUINTANA: *Cartas á lord Holland, sobre los sucesos políticos de España*.